

Justicia como virtud o como concordancia formal Estado y Nación en el marco ético-político

Nerva Bordas de Rojas Paz

I. Planteo general

Los dos grandes arquetipos políticos de nuestro tiempo, Nación y Estado, concebidos a la luz de principios modernos muestran en su interior, en su mutua relación y en el campo de las relaciones internacionales, serios indicios de atravesar una situación crítica que exige un análisis atento de su realidad concreta. El carácter del Estado moderno, esencialmente su formalismo y abstracción, más el control coactivo de las conductas eximido de la justicia sustancial, hacen que se constituya en una figura política que se separa de la comunidad sobre la que hace caer sus efectos. Asume un camino propio ligado al mundo que impone obligaciones sin aval comunitario. Frente a esto, la justicia deja de ser una virtud ética y se transforma en justicia formal, mera concordancia entre el hecho y la previsión legal, asumida políticamente como Poder Judicial. Integra uno de los poderes que configuran el sistema de gobierno, junto al Ejecutivo y al Legislativo. Su objetivo central es velar por la aplicación correcta de la ley en su aspecto formal, sin atender a aquello que ordenan, esto es, desligándose de los contenidos normativos. Estos pueden ser justos o injustos desde la ética, pero deben ser aplicados. Puede abrirse un espacio creador desde la función interpretativa que no modifica el sistema. Ante la institucionalización formal, la Nación, de cuño moderno, receptora de las fuerzas colectivas que depositan en ella sus potencias éticas, se presenta como una vivencia de doble sentido que señalaremos como Nación real y Nación abstracta. Esta escisión provoca dentro de la comunidad desajustes que la desestabilizan. Como experiencia de Nación real, es parte integrante del marco ético político, suelo de gestación cultural originaria. Es en ella donde los pueblos buscan modernamente el reconocimiento de lo común, constituyéndose en el campo privilegiado para el desarrollo y alcance de una justicia emergente del campo ético político¹. Sin embargo, esa

Nación real permanece al margen del poder político. El Estado desmembrado del marco ético político, no puede conciliar con ella, por lo cual perfila una Nación abstracta o formal, aquella que puede acompañarlo como Estado nación. La cuestión plantea una fractura ontológica, afecta la identidad colectiva y desata nudos de violencia contenida y en expansión creciente.

Reflexionamos la crisis del Estado Nación desde una doble perspectiva: como crisis interna y como crisis en las relaciones internacionales. La primera aparece instalada en la misma raíz, referida a la constitución y al rol que históricamente se impone a cada figura: Estado y Nación real disociadas por definición. Ambos nacen en oposición crítica. La Nación real, atesorando la elaboración ética, asume la dimensión social que ampara en su interior un concepto de vieja raigambre, el de pertenencia a una cultura que produce en acción libre en la que se reconoce y por tanto concibe como su domicilio existencial. Nos parece oportuno señalar que América lleva en el interior de esta Nación real un debate interno sin resolver, de difícil factura, relacionado con grandes bolsones de población indígena, dueños de una riquísima cultura propia, diametralmente opuesta a una comprensión moderna del mundo, permaneciendo aislados, con distintos grados de marginación y mestizaje, agotándose en una incomprensión mutua. Comunicación mínima sin haber encontrado una solución ética sobre la base de un respeto mutuo. La justicia en este aspecto luce como asignatura pendiente, para ambas partes. Interpretamos que este debate debe ser desarrollado en el marco ético político, con epicentro en la Nación real, único espacio para el juego de las potencias éticas comunes actuando en libertad. Es el espacio posible para un diálogo enmarcado en la sabiduría popular, impensable en un Estado desprendido de dicho marco, lector de la realidad en términos de eficacia empresarial. El Estado moderno, reino del mundo de las formas, absorbe la idea de Nación como su formulación abstracta, con desconocimiento o negación de la real, retiene arbitrariamente el ejercicio del poder político autonomizado y se comporta como Estado nacional. Por eso decimos que hay un abismo insondable entre lo abstracto y lo real. Ambos polos se nutren de una contradicción congénita e irreductible. El Estado no es la organización política de la Nación real y opera como su dique de contención. De este modo, un origen tergiversado prepara un

devenir crítico y conflictivo. Se presentan fuertes tensiones que la relación entre ambos provoca, leídas en oposición creciente. Nos planteamos la necesidad de la recomposición de sentido. La idea de justicia que acompaña este proceso también se desdobra y se configura en dos modos que no guardan contacto entre sí: justicia como virtud y justicia como concordancia. La primera, de raíz aristotélica y cristiana, tiene que ver con el hábito de lo justo, como cuestión práctica que se resuelve en la exigencia del ejercicio participativo que dirime las tensiones internas del encuentro de libertades definidas éticamente. Es decir, integra el marco de la experiencia ética y abona el campo de las decisiones políticas. La otra se presenta como la contracara moderna cubriendo el espacio asignado a las formas. Al desligarse de la ética deviene formal. Significa que sólo se habla de justicia cuando hay concordancia o acuerdo entre la conducta prevista de modo genérico en la norma y el hecho concreto, sin entrar en consideración la justicia sustancial.

La segunda crisis se desata a nivel internacional involucrando Naciones y Estados nacionales, absorbidos por la noción de aldea global, que determina nuevos parámetros de comprensión de lo cultural y lo político. Asimismo, quedan conmovidos por la presión y el poder de organismos supranacionales que minan la capacidad decisoria de los Estados a escala mundial, incluidos poderosos y marginales, remitidos los pueblos al mundo de las tinieblas.

Nuestro esquema de trabajo tiene en mira fundamentalmente la experiencia de Iberoamérica, aún cuando interpretamos que la crisis de los Estados modernos es mundial. Sujetos políticos contemporáneos que concentran sobre sí la suma del poder político, son la experiencia universal de lo político y entran en crisis de la misma manera. Sus diferentes versiones no modifican su estructura central básica. Esto nos lleva a la evidencia de que, en realidad, aquello que está en juego es lo político en su expresión más profunda, tiene que ver con el juego participativo de libertades que se intractúan en el reconocimiento común. Nos interesa revelar aquello que produce la falta de correspondencia entre los pueblos y sus gobiernos y ponen en grave crisis la figura de la Nación real y la del Estado nación.

II. Desencuentro interno

La desinteligencia interna entre ambos sujetos se produce frente a la separación que los obliga a transitar caminos irreductibles y paralelos. Su origen se detecta al considerar como se produce acriticamente la escisión entre las formas y los contenidos políticos que la realidad cultural va produciendo como un todo homogéneo. Se desprenden ambos elementos produciendo la desintegración de su unidad constitutiva originaria. Esto lo advierte Hegel especialmente en su Filosofía del Derecho, su tratado de teoría política². Tal escisión acarrea la posibilidad de introducir en la realidad nuevas formas abstractas que alteran los contenidos culturales despojados de sus formas originales. Por esta vía se malforma la esencia de lo político en su comprensión más profunda. El Estado se separa del marco ético político que constituye su referente ontológico. Lo político se desprende de la polis, de la ciudad, de la comunidad, de la sociedad y se clausura en los marcos formales apriori de un Estado que asume el poder como voluntad de dominio, en el sentido de Weber. Nacen desconectados de toda vivencia cultural y ética. Crisis es la palabra que expresa esta fractura ontológica que tal hecho provoca. Su carácter de vicio congénito impide un crecimiento legítimo y legitimado.

Abandono ético-político, tergiversación de la justicia y crisis en lo sustantivo, dicen lo mismo. La Nación real expresa modernamente –como lo dejamos señalado– aquello que ampara las obras de reconocimiento colectivo, agigantada cuando el sentimiento compromete la acción y la potencia con la fuerza de quien en ella se defiende a si mismo y al conjunto. No es casual que el término aparezca en el lenguaje de la Revolución Francesa y como símbolo del romanticismo. En este sentido la Nación habla de un nosotros político y forja dentro de sí las claves de poder legitimadas éticamente. Interlocutor secreto e íntimo que se nutre del silencio creador y activo de las multitudes dentro de la cual cada uno se siente partícipe necesario, la Nación es el marco ético político que sostiene la comunidad organizada. Laten en ella las determinaciones que pugnan por encontrar un sentido común, imperativo de lucha, tensiones y

enquistamientos que deben ser resueltos para crecer. No es nuestro objetivo debatir el concepto teórico en las una y mil posibilidades conceptuales de la misma que nunca serán concluyentes. Nos acercamos desde el mundo práctico que encarna la libertad, respetando las infinitas variantes que los pueblos producen cuando expresan su intimidad en obras. Nos interesa destacar que lo político anida en la Nación, es consustancial a lo social, es el despliegue mismo de la acción individual y conjunta en el cual el qué y el cómo de cada uno se acepta o disiente hasta encontrar la figura que represente el ejercicio concreto del poder legitimado desde la base, suelo propio desde donde se pone en juego una justicia originaria. Sólo el desapoderamiento político de la Nación y sociedad en favor del Estado la deja vacía e improductiva en tal sentido. Cuando el Estado es la misma Nación organizada sobre la base de una ley que objetiva la libertad de todos y cada uno, producidas desde las entrañas mismas de esa Nación, el marco ético político del que surgen le da la legitimidad que supone el reconocimiento colectivo como propio. Cuando Chabot refiere “que la idea de Nación será particularmente valiosa para los pueblos todavía no unidos políticamente”³, se adscribe al concepto moderno de lo político que lo desgaja de la elaboración común y supone el paso de lo natural a lo cultural. En su opinión, el Estado debe crecer apoyándose en las bases naturales y debe favorecer lo que yace en una Nación y despertar lo que en ella duerme. Como en toda visión moderna la separación se da por supuesta y el sujeto movilizante es siempre exterior a la sociedad o la Nación que sólo parece conservar el frenesí formal del sentimiento que exacerban las escuelas. Nuestra interpretación comprende lo social interpenetrado de lo político en tanto es su tarea y la separación de ambos sólo obedece a un desapoderamiento ficticio que la fractura y afecta su esencia. Los hilos políticos se tejen desde la base misma de la sociedad y se enhebran en un marco ético de elaboración conjunta. Herder también queda incurso en la concepción moderna romántica y la plantea como la base natural asiento del Estado, sin ver que el Estado no puede ser un segundo nivel abstracto de lo social sino su propio ser organizado de modo concomitante con ella. Las instituciones afirman una cultura y son creadas, modificadas, transformadas por la comunidad misma, asumidas por la Nación real. Las formas políticas modernas producen un

sujeto político formal que sólo tiene en mira mantener un orden bajo presión coactiva. Por eso señalamos que Nación abstracta y Estado formal se integran como Estado Nacional. Este se maneja con parámetros de eficacia, racionalidad, objetivos empresariales, descriptos con precisión por M. Weber. La Nación real y el Estado moderno estructuran lo social desoyéndose mutuamente, con un amplio margen de recíproca incomprensión. La Nación formal queda ligada a la cultura de las academias y a los símbolos conceptuales, cubriendo los espacios que el Estado, por su naturaleza, desatiende pero que necesita mantener como llama viva para el sostén de su legitimidad formal y posibilidad de subsistencia. En suma, el Estado nacional se hace cargo del poder político como haz de libertades delegadas que quedan a su arbitrio, despolitizada la sociedad y el individuo.

En un trabajo titulado "Lo político entre la libertad y la técnica"⁴, cuyo objetivo es el de revelar las instancias profundas de lo político de nuestro tiempo y su naturaleza en la constitución organizativa de los pueblos, aparece la distinción entre dos modelos específicos en la estructuración de lo político: por un lado el modelo ético-ontológico y por el otro el modelo técnico-instrumental. A través de ellos es posible comprender las figuras que estamos analizando, poniendo en la mira el hecho de que se trata de dos modos distintos de entender la libertad. En el primer caso, los pueblos objetivan su libertad en tanto en el segundo la han cedido y es asumido por una autoridad no vinculante. La Nación real pertenece al primer modelo, donde la cuestión organizativa asume carácter ontológico, lleva sobre sí el trabajo ancestral que hace al ser colectivo de un conglomerado humano y asume lo político en el sentido de poder que no solamente pertenece al pueblo sino que es ejercido por él. El poder deja de ser leído en la dimensión del dominio para ser interpretado como capacidad decisoria. La noción del estado moderno responde al modelo técnico-instrumental y supone descomponer la realidad en forma y contenido de la manera que dejamos dicho y adscribirla al mundo de las formas preestablecidas. La realidad es obligada a incorporarse a ellas suplantando las propias. El protagonismo pertenece a la Autoridad distanciado lo social del poder. La ley es una técnica o instrumento de manipulación social ejercida por el Estado de modo coactivo.

Más allá de la comprensión romántica de un Herder que ve en la Nación las bases naturales donde se asienta el Estado, aquélla va elaborando históricamente las instituciones que en sentido político pleno se enmarcan en un campo ético político. En ella quedan unidas forma y contenido y toman las distinciones propias de las culturas que las van gestando. El concepto de Nación no es abstracto ni ideal sino que responde a las objetivaciones concretas de los pueblos en su devenir a partir de la dimensión de libertad irrenunciable que los conforman. El término tiene origen moderno pero responde a determinaciones ontológicas de los pueblos de vieja data y que se han ido reformulando a partir de circunstancias históricas concretas. Los rasgos actuales mantienen las notas esenciales de identificación con las modificaciones que perfilan los particularismos en el tiempo. No se trata de una utopía irrealizable: estamos frente a ella de modo cotidiano, es la actividad diaria y concreta de los pueblos que crean de modo incesante y se realizan colectivamente sin ser reconocidos.

En este punto planteamos la crisis congénita: la Sociedad o Nación real transita por un camino que se distancia del sujeto político moderno; éste como Estado conduce arbitrariamente los destinos del conjunto. El Estado Moderno no sólo representa, como ya dijimos, el desapoderamiento político de la sociedad y de los individuos no subsanado por el hecho de votar pues en un esquema no vinculante esto resulta insuficiente, sino que provoca el encierro del sujeto individual en su propia individualidad sin instancia que le permita volcar su trascendencia hacia lo universal, interpretado como reducto exclusivo de las decisiones estatales. La Nación real vive encogida en los moldes estatales que, como diría Ortega y Gasset, no son su piel. La desinteligencia puede ser leída como tensión entre gobierno y gobernados, representantes-representados, etc.

b) Desencuentro internacional

Nación real y Estado nacional deambulan quiméricamente por el orden internacional, azotados por la abstención política y cultural a la que son sometidos los grandes y los pequeños, atrapados en sistemas formales que en

la universalización creciente se vuelven cada vez más cerrados proyectando dosis de violencia incontrolable. El planeta aparece estancado en tanto se ha encapsulado la capacidad creativa de sus pueblos y se rigen sus destinos por élites dominadoras que perfilan el destino universal. El tema de la justicia es presentado como el de una utopía descarnada.

El panorama actual ofrece un desencuentro institucional de los Estados a nivel internacional que pasa por la alteración de las categorías sobre las que se constituyeron y le dieron fundamento. La afección más profunda que va desnudando un simulacro constitutivo se concentra en la pérdida creciente del carácter de “individualidad excluyente,” esto es, de organismos cerrados sobre sí mismos, tal como fueron concebidos en su origen. Es el carácter que le asigna Hegel en la Filosofía del Derecho, respondiendo a la caracterización de su tiempo aún hoy vigente. Nuestra experiencia actual es que el “excluyente” tiende a ser cada vez más atemperado. La terminología corriente habla hoy el lenguaje de la “interdependencia” como si todos los Estados fueran fraternos, libres e iguales. En esa verdad a medias se esconde y se desvía el tema de la dependencia, la marginalidad y el gobierno del más fuerte. La crisis del Estado nación pasa por este debilitamiento progresivo en el que queda incluido el más fuerte, a pesar de él mismo. Hoy día, internacionalmente, los Estados se manejan sobre parámetros de violencia, de derechos cercenados, aprovechamiento de los más débiles, etc., en estado tradicionalmente llamado “natural”, es decir sin la intervención “racional”. Cualquier planteo ético político no aparece sino como una idea trasnochada y peregrina. Sin embargo, fuera del marco ético político solo resta la violencia, el ejercicio del poder hegemónico, la imposición coactiva.

Dejamos marcado como se encuentra altamente comprometida la libertad creadora de los pueblos insertos hoy día en el esquema de la Nación real que dejamos caracterizada. Tal cercenamiento de la libertad se produce a través de la universalización abstracta de las decisiones hegemónicas que se encierran en el concepto de aldea global. Estos fenómenos de globalización creciente polarizan cada uno de los aspectos vitales de lo humano que aparecen subsumidos en las

determinaciones hegemónicas de quien detenta el poder por imperio de los hechos bajo el amparo de la fuerza. La universalización del saber científico y sus efectos, la inserción tecnológica de modo planetario, el manejo de las realidades económicas que pasan a ser mundiales, donde ya no tiene sentido planteárselas como las leyes de la casa, la concepción de lo jurídico desprendido de la justicia, reinando en el mundo de la sanción como rasgo que la define no deja espacio para que las culturas crezcan desde sus diferencias y con fundamento en su libertad. La contracara de esto es que los Estados, con el monopolio absoluto del control de la violencia, se muestran cada vez más debilitados para hacer frente a situaciones que les resultan incontrolables, batallas soberanas de quijotesco destino.

Bajo mantas inicialmente económicas, la aparición de organismos internacionales de enorme poder planetario, sin nacionalidad declarada, conjugada y disuelta la Nación por el manejo de capitales sin bandera, instalan en el mundo una nueva forma de conducción global que vuelve a los Estados nacionales, la Nación real, los pueblos en su conjunto, inermes para sobrepasar la fuerza que se instaura con carácter autónomo e incontrolable.

La forma de dominio planetario indica que deben ser anuladas las diferencias, los particularismos culturales, para alcanzar la homogeneidad con la que se supone devolver la habitabilidad al mundo. Se reitera un principio experimentado en el interior de los Estados modernos cuando se les asigna el objetivo de mantener la "paz jurídica". Esta no requiere que el conflicto haya sido resuelto sino solamente que el orden sea mantenido por cualquier medio. Con el mismo criterio, alcanzar la paz jurídica internacional significa que aunque los conflictos no se resuelvan no quede alterado un orden insustancial, a partir de los particularismos indominables. Otro modo del Leviathan intentando contrarrestar el estado de violencia, que se presenta como un nuevo simulacro destinado a sortear las profundidades.

c) Lectura desde Iberoamérica

Lo hasta aquí desarrollado no es sino la mirada americana de quien ve comprometida la libertad de sus pueblos y no deja de plantearse el problema a partir de la experiencia del mundo. América, Iberoamérica, se institucionaliza sobre paradigmas de enajenación. Parte de la copia de instituciones provenientes de otro suelo, que supone un modelo superior. Constitución de los Estados Unidos y Código de Napoleón son fuentes madres en la organización argentina, que se proyectará sobre gran parte de los países del continente. Esto se hace de modo imperativo, sobre la base de una ley definida por la coacción antes que por la justicia. El poema del Martín Fierro no es sino la metáfora colectiva del desencuentro entre el criollo y las instituciones impuestas a sangre y fuego. América padece dos grandes conquistas: una en el siglo XV y otra en el XIX, al someterla a moldes modernos que provocan su enajenación.

Sufre la crisis que venimos analizando en el orden interno e internacional. Su fractura ontológica se hace sobre la base de la negación de su ser, de su eticidad, como grado de mayor perversión que la falta de escucha. El ideal que pregona Alberdi, autor del proyecto de constitucionalización argentina, es el de “cambiar la pasta a la gente” para volverla civilizada. Si para los griegos ser bárbaro era sinónimo de extranjero, para nuestros dirigentes el bárbaro es el nativo. Como efecto de la fractura, por un lado tienen lugar las decisiones institucionales y por el otro las creaciones de los pueblos. Muchas veces, la Nación real lleva a cabo las objetivaciones de su libertad más allá de los poderes políticos constituidos y frecuentemente contrariándolos. Inestabilidad, desencuentro consigo misma, gobiernos demenciales, marginalidad, atonía política se sitúan frente a una fuerza cultural encarnada en obras que alcanzan dimensión universal. La tendencia debería guiar hacia una reconciliación, que esporádicamente se logra en campos muy acotados. Resultará impracticable en tanto los polos de oposición se mantengan irreductibles: un Estado que siga negando la producción ética, haciendo de la Nación abstracta la dimensión “cultura” que no es sino un extrañamiento en el que juegan las élites.

En este contexto, cómo plantear la necesidad de la aceptación de la tarea de los pueblos como base del reconocimiento de su libertad; cómo lograr que tal necesidad sea la expresión de un hecho ético-estético, casa privilegiada para el control de la violencia; cómo evitar caer en la calificación de un pensamiento idealista romántico en desuso, que ha perdido contacto con la realidad. Sin embargo, pocas veces hemos sentido un suelo tan firme como el que se descalifica por utópico. Al modo de las vivencias surrealistas, corrigen los imperativos realistas que se quedan sin realidad. Desde la ética, nuestro continente hizo posible un sueño de libertad y presenta batalla permanente para impedir su caída. Desde la estética, expresión ética de sus núcleos simbólicos, le fue posible asumir el rol de continente de la fábula. Es el espacio que abre un García Márquez, Borges, Oliverio Girondo, Olga Orozco, entre otros muchos, para elevar un canto americano que tome dimensión universal. La impronta ética-estética permitirá doblegar el juego racional de su dirigencia moderna. Es el camino de acceso al universo que le permiten verse y hacer que los otros vean la necesidad de recuperar las dimensiones ontológicas perdidas, en las que se encuentre a Dionisios y Apolo celebrando la fiesta del mundo.

Notas

¹ Bordas de Rojas Paz, Nerva. *Comunidad como derecho y justicia*. Ed. Docencia, Bs.As., 1989.

² Bordas de Rojas Paz, Nerva. *Perspectivas ético Jurídicas*. Ed. Abeledo Perrot, Bs.As., 1990.

³ Chabot, F. *La idea de nación*, México, FCE, 1987. pág. 86.

⁴ Bordas de Rojaz Paz, N. "Lo político entre la libertad y la técnica" en *Pensar desde América*, Bs.As. Catálogos, 1995.

* Corresponde a la ponencia –ampliada para esta publicación– presentada en el I Congreso Europeo de Latinoamericanistas celebrado en la Universidad de Salamanca, junto de 1996, en el taller relativo a la crisis del Estado-Nación.